

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA
Y VETERINARIA

FEDERICO REICHERT

**Su vida - Su vinculación con la Facultad
de Agronomía y Veterinaria de
Buenos Aires**



CONFERENCIA DEL

Dr. Ernesto G. Dankert

Sesión Pública del 20 de Setiembre de 1961



BUENOS AIRES

Arenales 1678

1961



FEDERICO REICHERT

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires — Arenales 1678.



MESA DIRECTIVA

<i>Presidente</i>	Ing. Agr. José María Bustillo
<i>Vicepresidente</i>	Dr. Daniel Inchausti
<i>Secretario General</i> .	Dr. José R. Serres
<i>Secretario de Actas</i> .	Dr. Antonio Pires
<i>Tesorero</i>	Ing. Agr. Saturnino Zemborain



ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente C.
Ing. Agr. Burkart, Arturo E.
Ing. Agr. Bustillo, José María
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Dr. Fernández Ithurrat, Edilberto
Ing. Agr. García Mata, Enrique
Ing. Agr. Ibarbia, Diego J.
Dr. Inchausti, Daniel
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco
Dr. Rottgardt, Abel A.
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José R.
Dr. Solanet, Emilio
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino

PALABRAS DE PRESENTACION
POR EL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA ACADEMIA
DOCTOR DANIEL INCHAUSTI

Obligaciones ineludibles han impedido al señor presidente de la Academia actuar en esta oportunidad; reglamentariamente me corresponde sustituirlo, grata misión por cierto, tratándose del justo homenaje que significa la conmemoración del extinto académico doctor Federico Reichert, viejo maestro y ampliamente merecedor a este recuerdo.

Vivimos en una época en que conviene sean multiplicados los actos de esta índole, donde se realzan los méritos de aquellos que desdeñando las ventajas materiales de la vida, dedicaron gran parte de ella al cultivo desinteresado de la ciencia y la docencia, sin preocuparse demasiado de la parte material de la existencia. Las nuevas generaciones necesitan que se les recuerde, que hubo quienes trabajaron para ellos y para su actualmente cómoda existencia, en una Argentina difícil, apenas en formación y carente todavía de organización. Es a ella que llegó el profesor Reichert a principios de este siglo; el distinguido disertante nos dirá de su vida y sus obras.

Creo conveniente decir algunas palabras respecto al origen de este homenaje: el año pasado, al tratarse en alguna oportunidad en la academia, del plan de trabajos para el presente, se consideró la posibilidad de publicar una obra laureada de Reichert, referente a nuestro país, ya editada en alemán; se trata de la exploración de la alta cordillera de Mendoza. Razones económicas derivadas de la traducción, derechos de autor, elevado costo de imprenta, dificultaron el propósito. Se pensó entonces en un acto recordatorio que, dado a publicidad quedaría como reconocimiento y recuerdo para el futuro. Bien se sabe que el valer

de un acto de esta índole reside en la calidad de la institución que lo tributa y no en el número de quienes puedan participar en él.

Se buscó entre los que estuvieron siempre cerca del viejo maestro, ofreciéndose la misión, que fue gustosamente aceptada, al profesor doctor Ernesto Dankert, quien actuó, ya en 1913, como adscripto a la cátedra de Química analítica que dictaba Reichert.

No puedo resistir a la tentación de decir algunas pocas palabras recordatorias del profesor Reichert; no olvido que esta es misión del disertante. Lo conocí desde que llegué a la Facultad, joven estudiante, y lo traté hasta que se retiró de ella. Entonces ambos éramos profesores.

Reichert tuvo dos pasiones en su vida: una, la investigación y enseñanza de la química analítica, especialmente en su parte agrícola, aunque con amplia capacidad para todas sus ramas; tan es así que los primeros estudios que lo hicieron conocer, versaron sobre los boratos de la puna de Atacama, que estudió sobre el lugar, y petróleos de Comodoro Rivadavia; la otra pasión fue nuestra cordillera de los Andes, que recorrió desde el norte, en el límite nuestro con Bolivia y Chile, hasta los confines patagónicos. Enamorado de los lagos del sur, allí armó su tienda hasta el fin de sus días.

Nuestro conferenciante de hoy, el profesor Dankert, también merece algunas palabras, aunque lo que yo diga de él, no agregará mayores méritos a los adquiridos en su larga vida docente y profesional. Su integridad moral y su valor intelectual demostrados durante cerca de 50 años dedicados a la docencia, son suficientemente elocuentes.

El doctor Dankert llegó a la Facultad como adscripto a la enseñanza en 1913. En el mismo tiempo, y por feliz coincidencia, llegaron otros dos compañeros suyos que más adelante habrían de ser dos valores de primera agua en la ciencia argentina: los doctores Alfredo Sordelli y Raúl Wernicke, éste trágicamente desaparecido en la catástrofe del rastreador Fournier en los canales fueguinos. Los tres actuaron brillantemente en forma paralela prestando valiosos servicios docentes. Dankert fue profesor adjunto en la cátedra de Química biológica que dictó Sordelli, sustituyéndolo en ella como profesor titular cuando aquél pasó a la facultad de Ciencias Exactas y Naturales.

El profesor Dankert se acerca por consiguiente al medio siglo en su trayectoria docente universitaria y que me perdone esta indiscreción cronológica. Ampliamente capacitado; con cariño y entusiasmo por la enseñanza, a la que ha dedicado todos los afanes de su vida; modesto, como todos los que tienen conciencia de su saber, no ha dejado sino amigos en todos los círculos donde ha actuado. Hoy nos dirá, seguramente, cosas interesantes del profesor Reichert. Y como el presentador no debe superar al presentado, le cedo la palabra.

Profesor Dankert, la tribuna es vuestra.

FEDERICO REICHERT:
**SU VIDA — SU VINCULACION CON LA FACULTAD
DE AGRONOMIA Y VETERINARIA DE BUENOS AIRES**

En la vieja y pequeña ciudad alemana de Hall, situada en aquella parte de Suabia que pertenece a Württemberg, nació Federico Reichert el 3 de noviembre de 1878. Era su padre, Julio, comerciante y actuó durante cierta época como concejal. Durante más de siete años había residido el mismo en los Estados Unidos y acostumbraba entretener a su hijo con narraciones del Far West y de las correrías de los indios pieles rojas por las inmensas praderas desiertas. Había instalado a su regreso un negocio de jabonería y velería, pero también de venta de especias y artículos coloniales de los más variados. Esta circunstancia, así como las frecuentes visitas del joven Federico a la casa de su abuelo materno, que era maestro peletero y donde un especialista se dedicaba con gran primor a confeccionar animales embalsamados para distintos museos, parecen haber despertado en él la ansiedad por países lejanos.

Sus primeros pasos en la escuela fueron algo difíciles. Se dejaba estar con facilidad y el estudio del latín y de las matemáticas lo tenía permanentemente a mal traer, obligando a sus padres a costearle con frecuencia clases particulares (aun en las vacaciones) para evitar la repetición de los cursos.

Algunos de sus profesores que supieron, empero, reconocer su latente vocación por la naturaleza, por el estudio de sus fenómenos, así como por los viajes, que le permitían admirar los bosques y las montañas, favorecieron y estimularon esa afición y por eso le vemos, niño aún, emprender frecuentes excursiones.

Cuando se fue perfilando su personalidad y se fue acercando lentamente el momento en que tendría que decidirse por algún estudio que estuviera de acuerdo con sus tendencias aún inciertas, pareció dudar entre la botánica y la química.

Acostumbraba hacer en un cuartucho de su casa toda clase de experimentos que veía descritos en algunas revistas para jóvenes, lo que convertía al mismo en un antro del Fausto (según su propia expresión). Seguramente el hecho de encontrarse tan a gusto manipulando drogas y tubos de ensayo debe haber influido en orientarlo poco a poco hacia su rumbo definitivo, la química.

No deja de emocionar la forma en que el mismo Reichert describe su ensayo inicial, que vendría a ser, por así decirlo, su primer paso experimental en la rama que eligiera; había leído, en efecto, que una solución de una sal de plomo, tratada con un ioduro, formaba una serie de cristallitos dorados y brillantes de ioduro de plomo; cuando compró con dinero que solicitó a su madre, los ingredientes necesarios y efectuó la prueba, no podía salir de su asombro al ver que dos líquidos lípidos e incolores como el agua, una vez mezclados pudieran dar lugar a la formación de una substancia intensamente amarilla!

Poco tiempo más tarde se produce el fallecimiento de su progenitor y la familia, ya de por sí corta, se redujo a Federico y su madre, más unidos que nunca por esta desgracia.

Cierto tiempo después tuvieron ocasión de realizar madre e hijo una excursión al lago de Constanza y sus alrededores, y la impresión que produjo en él la contemplación de los Alpes y de sus nieves eternas fue tan honda y conmovió de tal manera todo su ser, que su afición a los viajes, a las excursiones y, sobre todo, a escalar montañas, se transformó en una verdadera pasión que ya no lo abandonó jamás.

Algunos meses más tarde, también su querida madre abandona el mundo de los vivos y así se ve Federico, con menos de 17 años, completamente solo, frente al destino. No le faltaron, afortunadamente, amigos de su familia y fieles mentores, cuyo consejo lo llevó a dejar su ciudad natal y matricularse en un instituto técnico de la ciudad de Chemnitz, emporio industrial del reino de Sajonia, donde se le abriría un horizonte más amplio.

Los "Institutos Técnicos del Estado" de dicha ciudad disfrutaban ya en aquella época de un prestigio que sobrepasaba las fronteras de Alemania. Contaban con un elenco de profesores especializados de alto renombre y con edificios, aulas y laboratorios de primer orden. Poseían departamentos para construcción de máquinas, electrotecnia, química, arquitectura y una escuela de tintorería que revestía gran importancia local, dada la significación de la industria textil sajona. Muchos extranjeros concurrían a este establecimiento.

Una vez superada la temerosa ansiedad de que los certificados que aportaba nuestro estudiante no fueran considerados como suficientes, se produjo su ingreso al citado Instituto. Tuvo allí maestros excelentes y, al reconocer en su autobiografía las grandes condiciones didácticas y capacidad de experimentadores de muchos de ellos, no deja de acen- tuar con especial gracejo tal o cual pequeña debilidad de algunos de los mismos.

Sus vacaciones semestrales, así como las pausas que imponían en el estudio la Pascua y la Navidad, las aprovechaba siempre para visitar con conmovedora fidelidad a sus parientes de su ciudad natal, eligien- do, eso sí, cada vez que tenía que hacer el viaje, otro itinerario, bus- cando ansiosamente la posibilidad de conocer nuevas comarcas. En una de esas ocasiones, combinó con una vieja tía solterona, encontrarse en el camino y hacer esta vez una escapada hasta Berlín, que ambos descaban conocer y para cuya visita se prepararon un soberbio pro- grama, empezando por la elección del hotel, que tenía que ser, natu- ralmente, de propiedad de un natural de Suabia, para que la tía no extrañara el ambiente, el dialecto y los platos regionales. Llegados a su destino y al hotel respectivo y, como debían manejar muy cuidadosa- mente el poco dinero disponible, no encontraron cosa mejor que tomar una sola pieza para ambos, cosa explicable, pues la dama lo había visto nacer, por así decirlo. Como era de noche, salieron a hacer una recorrida por las iluminadas arterias de la capital germana, volviendo después a su alojamiento, cansados y muertos de sueño. Pero no con- taron con la huésped, en este caso, con el hotelero, quien, a la ma- ñana siguiente, con voz de sargento increpó a gritos a la pobre señora, haciéndola sonrojar al ver que le reprochaban atraer a cándidos joven- citos para pervertirlos. Todo ello obligó a nuestros viajeros a liquidar cuanto antes su cuenta y volverse pronto a sus lares, en especial a la tía, profundamente embargada por el rubor y la vergüenza.

En otra de sus excursiones se dirigió Reichert a Praga y aun llegó hasta Verona, donde pudo permanecer algunas horas, siempre teniendo que manejar las monedas con tan rigurosa parsimonia que nos relata que en esta última ciudad llegó un momento en que dudaba entre enviar tres o cuatro tarjetas postales a sus parientes o tomar un café con leche; se comprende que, tratándose de un muchacho en pleno crecimiento y disfrutando de un apetito devorador, la elección no fue muy difícil y los parientes se quedaron por esa vez sin su saludo.

* * *

El año 1898 inicia una etapa completamente nueva para Reichert. Un ex-compañero de estudios que había pasado luego a la ciudad de Estrasburgo, le comunicó que con lo estudiado hasta ese momento, aquel podría ingresar a la Universidad de la misma; esta perspectiva y la de poder terminar antes su carrera, ejerció sobre él una fascina- ción muy grande, unida a la mayor afinidad por las costumbres de la

Alemania meridional. Una vez comprobado, mediante un corto viaje, que su amigo no estaba equivocado, nuestro estudiante se trasladó con sus petates a su nueva sede.

Estrasburgo le encantó desde el comienzo; se sentía más a gusto en esa risueña ciudad cargada de recuerdos históricos, que en la fabril Chemnitz, donde todo parecía comenzar y terminar con la maquinaria y con la industria.

Casi en seguida comienza por cumplir con su servicio militar de un año, el que en conjunto le deparó más satisfacciones de lo que uno podría suponer, por cuanto se ve que la rigidez prusiana con que en el regimiento tenía que cumplir con sus obligaciones, era mitigada por una cierta bonhomía típica de las regiones del Sur de Alemania. Se lograba, en efecto, armonizar la disciplina severa del cuartel con la camaradería entre conscriptos reservistas (como les llamaríamos aquí) y los oficiales y suboficiales que, con frecuencia, alternaban con ellos en las cervecerías locales en una fraternidad húmeda que se consideraba muy compatible con la rigurosa jerarquización dentro de las puertas del cuartel. Por poco no le causa un susto mayúsculo la circunstancia de que, después de unas maniobras militares en que tomaba parte su regimiento, al comentarlas en uno de los citados locales entre un vaso de cerveza y otro, se le fue la mano haciendo una crítica severa de las mismas, creyéndose a lo mejor un mariscal en ciernes. Esa travesura por poco le causa un grave disgusto, aunque por fortuna no alcanzó a producirle mayores sinsabores debido al sólido renombre de correcto y cumplidor de que gozaba.

En la Universidad de Estrasburgo Reichert fue discípulo de maestros de renombre universal que todos los químicos recordamos, como Fittig y Erlenmeyer, en primer término. Fuera de las materias más directamente vinculadas con su especialidad, también se inscribió en los cursos de Geología, llevado de su apasionamiento cada vez mayor por las montañas. Digno de mencionarse es que uno de sus profesores de Geología fue Alejandro Tornquist, argentino, sobrino de Ernesto Tornquist, personalidad vastamente relacionada con el mundo financiero de la Argentina de entonces. Como profesor de Física tuvo a Fernando Braun, uno de los ases de la telegrafía sin hilos.

A la terminación de sus estudios universitarios, inició la preparación de su tesis doctoral sobre la acción del peróxido de nitrógeno sobre el ácido fenil-iso-crotónico, siempre bajo la dirección de Fittig. Corriendo el riesgo de parecer demasiado detallista, no puedo resistir al deseo de mostrar la forma jocosa y plena de buen humor con que Reichert mismo relata algo de las dificultades que le producía el acoplamiento de las dos sustancias mencionadas. Dice, en efecto, textualmente así: "Se vio casi desde el principio "que el novio-ácido elegido no quería saber nada de la rojiza novia (el peróxido de nitrógeno) que le habíamos

destinado: se mostraba decididamente frígido. La suposición de que un aporte moderado de calor estimularía la aproximación resultó equivocada. Por fin (fue como para reírse), elegimos el camino completamente opuesto; bajamos la temperatura hasta unos cero grados y he aquí que de repente aparecieron una mañana los cónyuges armónicamente unidos en forma de brillantes cristales transparentes”.

Una vez presentada su tesis se le fijó el día para el examen correspondiente que comprendía, además de Química, dos materias de su elección, decidiéndose Reichert por Física y Geología. Rindió el mismo, vestido de riguroso frac, de acuerdo con el uso de las universidades alemanas; lo interrogaron durante una hora y salió de allí con su diploma de Doctor en filosofía en el bolsillo. Cuenta que fue tan desbordante la alegría que lo embargaba que no vaciló en hacer varias piruetas y saltos mortales en plena plaza pública, con frac y todo, para gran regocijo de los pacíficos estrasburgueses. Cumplía en esos días 24 años.

* * *

Ahora se iniciaba para Reichert el segundo acto de su vida. Hasta ese momento todo se había desarrollado en conjunto sin mayores tropiezos, pero ¿qué hacer a partir de entonces? En aquel instante se le presentaban en su patria tres sendas: o se incorporaba a la gran industria química, que en esa fecha de 1902 se volvía cada vez más pujante y poderosa; o trataba de fundar él mismo una industria (para lo cual le faltaba el capital) o finalmente, seguía la carrera docente universitaria. Ninguna de las tres soluciones satisfacía su naturaleza inquieta, pues él quería salir fuera de su país; le atraía la lejanía y los viajes y el estudio de materias primas nuevas o poco conocidas.

Una tentativa para acercarse al Dr. Steinmann, que planeaba un gran viaje de exploración al Perú, fracasó por estar el equipo ya completo.

Con tanto mayor afán trató de que sus antiguos profesores y conocidos pronunciaran una palabra favorable para él ante el Dr. Hautal, geólogo alemán residente en la Argentina, quien debía llegar al poco tiempo, comisionado por nuestro Gobierno, para buscar y contratar los servicios especializados de un químico experto en minería. Como la llegada de dicha misión se prolongaba, aprovechó nuestro flamante profesional un ofrecimiento para hacer una larga e importante excursión al Cáucaso, plena de interés y distracción para él y de la que no nos ocuparemos; sólo mencionaré que en aquella zona trató también de averiguar si se le ofrecía alguna perspectiva para su futura orientación personal, pero el resultado fue poco alentador. Afortunadamente, le alcanzaron en ese momento noticias de Estrasburgo, anunciando que la misión Hautal —por fin— estaba por llegar de Buenos Aires.

Su entrevista con dicho geólogo en octubre de 1903 fue decisiva.

Hautal hacía quince años que residía en la Argentina y había realizado una serie de excursiones científicas por las que Reichert se interesó extraordinariamente. El borrador del contrato que eventualmente se firmaría decía, entre otras cosas, así: "...el químico que se contrate "en Alemania se compromete a recorrer la República Argentina para "conocer las materias primas del país, sean de origen animal, vegetal "o mineral y se compromete también a estudiar estas materias primas "y a proponer al Gobierno los métodos adecuados para aprovecharlas "industrialmente". La vigencia del contrato sería por cinco años. La remuneración propuesta le pareció a Reichert "brillante". Firmó y vio el cielo abierto; faltaba solamente que nuestro Gobierno aprobara lo firmado.

Pasaron varios meses sin noticias. Por último, en febrero de 1904 llegó la resolución, enviada por el Dr. Carlos Ibarguren, Subsecretario del Ministerio de Agricultura, aprobando el convenio. Con esto se inicia la etapa que más nos interesa de la vida de Reichert.

* * *

Antes de emprender el viaje contrajo enlace con la hermana del Dr. Federico Bade, nuestro tan querido Jefe del Laboratorio de Química de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires; Bade había sido su compañero de estudios en Estrasburgo. Era un hombre de carácter jovial e ingenio chispeante y habían intimado ambos desde el primer momento. Reichert se embarcó en Génova y llegó el 25 de mayo, en un día auspicioso, desembarcando la joven pareja, esperados en Buenos Aires por el Dr. Bade quien, por su cuenta y riesgo y un poco a la ventura, ya antes había osado dar el salto hasta el Nuevo Mundo.

Traía Reichert una carta de recomendación de Hautal para el Dr. Francisco Moreno, entonces Director del Museo de La Plata y otra para el Dr. Santiago Roth (suegro de Hautal), quien no quiso dejar de acompañarlo personalmente en su primera visita oficial al Ministro de Agricultura.

El Dr. Wenceslao Escalante demostró sumo interés por el plan de trabajo que se le presentaba, ayudado por el Dr. Roth como intérprete (dado que el castellano de nuestro viajero era todavía muy precario) y que contemplaba, en especial, el estudio de las borateras del Noroeste de la República, de las cuales ya se había hablado mucho en Alemania. Escalante le indicó que, a partir de ese momento, debía ponerse a las órdenes del Dr. Pedro Arata, que era algo así como Director de Agricultura.

Las oficinas de Arata estaban en ese momento en el aún existente edificio del Bon Marché, en la calle Florida y le impresionaron a Reichert por su espartana sencillez. También Arata le dejó una gra-

tísima impresión. Como vieran que en castellano era un poco difícil entenderse, continuaron conversando en francés y así se reveló que Arata era también Director del Laboratorio Químico de la Municipalidad de Buenos Aires y Profesor de Química Orgánica de la Facultad de Medicina. En la sala de espera del Dr. Arata no era, por lo demás, Reichert el único extranjero contratado que esperaba ser recibido por él, sino que estaban presentes varios otros; uno de ellos, sumamente joven, era el Ing. Lucien Haumann, bien conocido por todos nosotros. Desde el día siguiente, Reichert tenía que hacerse presente en las oficinas del Ministerio, pero como por el momento no se sabía bien qué harían con él, tuvo que dejar que transcurriera un poco el tiempo permaneciendo inactivo, cosa que lo sacaba de sus casillas, dado su temperamento.

Pero antes de dos semanas, en una nueva conversación con Arata, quedó establecido que se haría el viaje a las borateras del Norte. Cuando se le preguntó cuánto dinero necesitaría, Reichert prefirió mantenerse muy discreto en el pedido y contestó que con \$ 350.- pensaba que sería posible arreglarse. Para sí opinaba que, si no alcanzaba esa suma, ya le enviarían más y que lo principal era no dejar enfriar el primer impulso, corriendo el riesgo de que la excursión no se realizara.

En Salta, las recomendaciones que llevaba le facilitaron mucho la organización de la travesía; recogió en las borateras abundantes muestras de mineral y calculó el contenido probable de los yacimientos. Con su afición incorregible de escalar los altos picos, trepó de paso al Nevado de Chañi, de 6100 metros de altura, donde tuvo la fortuna de encontrar una botella con una tarjeta que decía: Erland Nordenskjöld. Tanta alegría le causó este hallazgo que bautizó a su primer hijo (que nació poco después) con el nombre de Erland. Por cierto que creo que fue en este viaje que tuvo que aguantar tanto frío que en un momento dado le resultó imposible bajarse de la mula que montaba, dado la rigidez casi total que habían adquirido sus extremidades.

Demás está decir que los 350 pesos duraron muy poco; tuvo que solicitar telegráficamente un refuerzo de 2.500 pesos más y tuvo la suerte (¡asómbrense ustedes!) de que tres días después le llegara un giro telegráfico por la referida suma.

Una vez de regreso, Arata lo presentó al Director del Laboratorio Químico del Ministerio de Agricultura, Ing. Pablo Lavenir, al que también varios de nosotros hemos conocido. Como Reichert se defendiera en tono algo "prusiano" contra el propósito de endilgarle otras tareas vulgares de laboratorio, como si fuera un simple practicante, recuerda que allí lo apoyaron los Dres. Herrero Ducloux y Jorge Magnin; este último se empeñó en explicarle amistosamente la forma

en que debía tratar de entender la modalidad nuestra, para no tener incidentes desagradables. No sé si el Dr. Magnin, aquí presente, recuerda todavía este episodio.

Poco después se retiró el Dr. Arata de su cargo y el entonces Jefe de Minas, Ing. Enrique Hermitte (a quien también muchos de nosotros hemos tratado) consiguió hacer trasladar a la División de Minas, Geología e Hidrología al Dr. Reichert.

Fue en esa época que se le puso en la cabeza a este último tentar el escalamiento del Aconcagua (de 7010 metros de altura), cumbre que había sido alcanzada sólo dos veces. Si bien tuvo que interrumpir a los 6500 metros la difícilísima ascensión, su compañero Helbling pudo llegar hasta la cima. Demás está decir que Reichert, completamente de acuerdo con su conocido temperamento, sólo consideró postergado el logro de su propósito, el que cumplió efectivamente varios años más tarde.

Luego continuó en el Ministerio de Agricultura, un poco descorazonado, por cuanto siempre se tendía a encargarle análisis de rutina, tarea que no estaba de acuerdo con lo pactado en el convenio ni, sobre todo, con el espíritu que había llevado a contratarlo. Veía así pasar el tiempo con cierta melancolía, cuando una mañana lo llamó inesperadamente el Dr. Ibaguren con urgencia tal que los que oyeron la conversación telefónica no le auguraron nada bueno. En lugar de ello, el Subsecretario lo recibió con extraordinaria afabilidad y empezó por decirle que se acababa de crear por el Ministerio un Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria, cuyo rectorado se había puesto en manos del Dr. Arata y que este último había expresado al Ministro, Dr. Escalante, su deseo vehemente de que fuera Reichert el encargado de dictar las cátedras de Química Analítica y Química Agrícola.

Contestó este último que, por más honrado que se sintiera con tal ofrecimiento y por más que estaría encantado de poder serle útil al Dr. Arata, la docencia pura no rimaba con los términos que se le habían fijado a su misión en la Argentina; por lo demás, creía que dominaba aún poco el castellano como para actuar frente a un auditorio.

El Dr. Ibaguren le respondió, riendo, que eso no constituía un inconveniente serio; el castellano ya lo iría aprendiendo a fondo poco a poco y, por lo demás, le quedaría tiempo y ocasión para ir realizando todas las investigaciones estipuladas en lo que se había firmado. Ante tales seguridades, Reichert se sintió tentado, en especial, por la independencia e iniciativa que así se le garantizaba; aceptó declinando, empero, toda responsabilidad si los resultados no respondían a lo esperado y pidió, además, dos días para reflexionar y para conversar personalmente con el Dr. Arata, todo lo cual le fue concedido. En este

nuevo encuentro con Arata, Reichert expuso los mismos escrúpulos que ante el Sub-Secretario, pero aquél supo disiparlos y finalmente convencerlo y decidirlo, quedando designado entonces como Director del Laboratorio Químico y Profesor de Química Analítica y Química Agrícola. Corría el año 1906.

* * *

Fue en esta forma que inició el Dr. Federico Reichert su larga y fecunda actuación en el Instituto Superior mencionado, el que debía ser incorporado después, a saber, el 17 de julio de 1909 como Facultad de Agronomía y Veterinaria a la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En aquella época, para ir desde la Chacarita hasta la sede de la futura Facultad, las cosas no eran tan fáciles como ahora; disponía la empresa ferroviaria de una locomotora única, la llamada "Infatigable", la que, en cuanto llovía con alguna fuerza, descarrilaba y quedaba empantanada durante horas. Justamente eso fue lo que sucedió cuando el nuevo Profesor hizo su visita de presentación en septiembre de 1906. Cerca de la locomotora accidentada, la gente se aglomeraba en la vana espera de un recurso, cuando observó el mismo que un grupo de jóvenes sacaba de un galpón una zorra impulsada a mano y, sin encontrar oposición, se encaramaban sobre la misma. Reichert hizo lo propio sin vacilar y así llegaron al terreno del Instituto Superior. Una vez que hubo bajado de la zorra, una profunda huella en el barro lo llevó casi automáticamente hasta el edificio donde funcionaba y funcionó durante muchos años el Rectorado, la Secretaría y Sala de Profesores y la Biblioteca; contaba además dicho edificio con un aula, un depósito de aparatos y dos recintos para laboratorio.

El Dr. Arata lo llamó en seguida y pasó con él a una pieza donde había mesas, gas, agua y un alambique. Allí tendrían que realizarse provisoriamente los trabajos prácticos de Química Analítica e investigaciones de Química Agrícola, para lo cual más adelante ya se proporcionaría otras comodidades. La tarea de Reichert sería por lo pronto la de organizar y completar las dotaciones existentes, de manera que al año siguiente los alumnos pudieran iniciar allí sus tareas experimentales. No tendría que preocuparse por el momento de dictar clases, de manera que le quedaba tiempo suficiente para ir preparándolas para el curso venidero. Luego le mostró Arata el aula contigua donde él dictaba Química Orgánica y, después de recomendarle ciertos textos, concluyó por presentarle al Secretario, Dr. Nicanor de Elía, para todas las compras que considerara necesario hacer e indicándole que su horario oficial sería de 8 a 12 horas.

El Cuerpo de Profesores de entonces contaba, además de los que eran argentinos, con varios Profesores extranjeros contratados, con dedicación total. Entre ellos figuraba el Dr. Moldo Montanari, el Dr. Marcelo

Conti, el Dr. Julio Lesage, el Dr. Luis van de Pas y, además, el ya mencionado Ing. Lucien Haumann. Con todos ellos mantuvo siempre vinculaciones muy cordiales y hasta familiares, en especial con el último, relaciones a las que el estallido de la primera guerra mundial puso fin. También se incorporó poco después un compatriota de Reichert, el Dr. Kurt Wolffhügel, docente en la Facultad de Veterinaria de Berlín y discípulo de Ostertag, pero quien después de pocos años dejó nuestro país para radicarse definitivamente en el Uruguay. También trabó relación en aquel entonces con el Dr. Cristóbal Hicken, compatriota nuestro, quien fue designado Profesor de Física del establecimiento por el Dr. Arata; esta amistad duró toda la vida.

La forma en que alternan entre nosotros los cursos del año entero y las vacaciones le venía muy bien a Reichert para ir realizando, según su afición, viajes durante todos los veranos; de estas excursiones regresaba a veces después de la época de los exámenes de marzo o aun de iniciadas las clases, lo que hacía refunfuñar a más de uno. Casi siempre nuestro infatigable viajero comenzaba por consultar al Dr. Francisco P. Moreno, cuyo consejo consideraba de altísimo valor.

Después de algún tiempo se fue acercando para Reichert el vencimiento del contrato quinquenal y esto lo tenía algo preocupado; por ello y en previsión de lo peor, no dejó de establecer conexiones con grandes firmas europeas para el caso de que no fuera extendido el mismo, lo que le permitiría quedarse en la Argentina y dedicarse a la industria química. Esto lo llevó a emprender un viaje a Europa al terminar los cursos de 1908, habiéndole facilitado el Dr. Arata todos los trámites y dado a entender que a su juicio se renovarían los convenios. Durante este viaje visitó Reichert importantes ciudades de Alemania, dio conferencias sobre sus investigaciones en nuestro país y, naturalmente, no dejó de practicar alpinismo.

Con 31 años de edad volvió al terminar el verano a la Argentina y aquí se enteró por el Dr. Arata de que quedaba prorrogado y mejorado su contrato por otros cinco años. Justamente se había producido poco antes el descubrimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia y fue encargado el Dr. Stappenbeck del estudio geológico del yacimiento y el Dr. Reichert del estudio químico del petróleo encontrado, así como de los resultados de la destilación del producto en el laboratorio. A raíz de este trabajo, intervino el mismo también en la investigación de otros petróleos.

En esta época le fue ofrecida la cátedra de Geología y Mineralogía en el Instituto del Profesorado Secundario, que no aceptó por un digno escrúpulo, al no considerarse suficientemente especializado en esta rama.

En el transcurso del año 1910, Reichert, que había adquirido dos

años antes, por consejo de su amigo el Dr. Santiago Roth, un campito de cien hectáreas en General Pinto (bien situado pero ¡ay!, ¡sin montañas!), tomó una decisión de gran trascendencia para su futuro. Asesorado por su cuñado, Federico Bade, él y Wolffhügel se inflamaron ante la posibilidad de comprar en el lado chileno y junto al Lago de Todos los Santos, una gran extensión boscosa, en plena Cordillera de los Andes.

Como la oferta les fue hecha mientras realizaban ese verano un viaje y un primer escalamiento del Nevado de Plomo (6050 metros), se aprovechó esa feliz circunstancia para examinar *in situ* las bondades tan ponderadas de la propiedad en venta. Se formó un grupo de cinco interesados, Helbling, Haumann, Wolffhügel, Bade y Reichert. Desde Puente del Inca se dirigieron a Santiago de Chile, de allí a Osorno, donde terminaba la vía férrea y a continuación, y en medio de un copioso e interminable aguacero, llegaron a caballo hasta Peulla, cerca de la frontera argentina. Allí los esperaba el hijo de Don Santiago Roth y, en una posada bien abrigada y rociando la abundante comida con exquisitos vinos chilenos, el entusiasmo de los viajeros se elevó al máximo, sobre todo al comprobar (sobre el papel, al menos) que la empresa era sumamente rentable y que con un plantel inicial de vacunos, instalando tambo y cremería y con la crianza de cerdos e incorporación de colmenas, el negocio era redondo. ¡Y en qué paraje paradisíaco!

Al día siguiente tomaron el vaporcito destartalado de una compañía que acababa de quebrar y que los dejó (siempre en medio de una lluvia incesante) frente a la propiedad en venta, llamada "Cayutue" (que significa "lugar de los seis volcanes"). Allí vieron la humareda de una chimenea en una choza de madera, donde vivía un indio, al que le hicieron una serie de preguntas, a las que contestaba invariablemente en forma afirmativa. En rigor, no pudieron recorrer casi nada, pero qué significaba eso para nuestros intrépidos exploradores y apasionados andinistas, ávidos de afincarse en una zona de la que tanto se prometían, no sólo desde el punto de vista de sus aficiones científicas y espirituales, sino también en su aspecto económico, no tan desdeñable tampoco. El hecho es que, una vez vendido el campo de General Pinto, Reichert y Bade adquirieron con Wolffhügel varias fracciones de la tierra ofrecida, por lo que entre sus amigos el Lago de Todos los Santos fue llamado desde entonces el Lago de Todos los Sabios.

Fue designado en esa época como Ayudante de Laboratorio el Ingeniero Agrónomo recién recibido, Federico Wernicke, hijo del célebre médico del mismo apellido; su colaboración fue valiosa para mejorar el castellano aún deficiente de Reichert y para atender los trabajos prácticos de los alumnos. La actividad del Laboratorio en ese período fue dedicada al estudio del extracto de quebracho y del ácido quebrachitánico.

No pudo estar presente Reichert en las extraordinarias fiestas con que se celebró ese año el centenario de los días de Mayo; poco antes, en efecto, se había hecho presente en Comodoro Rivadavia una surgencia de gases petrolíferos de alta presión y el Ingeniero Hermitte lo llamó para pedirle que con su colega, el Dr. Walter Schiller, la estudiase. El viaje se realizó y, además del estudio geológico de la zona, se tomaron adecuadas muestras de los gases, los que serían analizados luego en Buenos Aires. Pero esa visita a nuestro centro petrolífero despertó en Reichert la idea de un osado proyecto sobre el estudio de la Patagonia, del cual se tratará más adelante.

Después de escalar con el Dr. Hicken al terminar ese año el cerro Juncal, visitó al volver, como era natural, su nuevo feudo, que causó en su esposa, con ese sentido práctico que tiene la mujer, bastante menos entusiasmo que en él y allí mismo se inició la construcción de la casa que habría de servir de vivienda.

El año 1912 estuvo dedicado a hacer ensayos con fontactoscopia, y junto con el Dr. Santiago Roth y el Dr. Federico Bade se recorrió buena parte de la provincia de Buenos Aires investigando la radioactividad de las aguas, encontrando que en general las aguas superficiales la habían perdido, pero que a mayores profundidades era bien visible, aunque no muy grande. Los resultados fueron publicados bajo el título "Sobre la radio-actividad de las aguas subterráneas de la provincia de Buenos Aires".

Ese mismo año se inició el nuevo Decanato del Dr. Schatz, después de haberse retirado ya un tiempo antes el Dr. Arata definitivamente de todas sus actividades directivas y después de un breve interinato del Dr. Bengolea.

Fue en abril del año siguiente que yo inicié mis tareas profesionales en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, substituyendo al Sr. Nicolás Camus como Jefe de Trabajos Prácticos y ayudante de laboratorio. Las jefaturas eran en aquella época múltiples y me tocaba atender Química Inorgánica, Química Orgánica y Mineralogía, cuyos tres Profesores titulares eran Emilio Flores, Felipe Justo y Enrique Hermitte. Pero, además, me correspondía auxiliar al Dr. Reichert en sus trabajos de investigación sobre análisis de rocas que había traído de sus viajes, etc. Fue ese mi primer contacto con él; hicimos siempre muy buenas migas, por cuanto me agradó su modo de ser franco y campechano, su sencillez y afabilidad y su franqueza para decir las cosas. Me llamó en seguida la atención que sobre su mesa de trabajo, una especie de tablón sencillísimo de pino, fueran llegando permanentemente revistas europeas y americanas de alpinismo; recién después vine a saber qué pasión ponía Reichert en estos deportes. Fue más o menos en esa época que el laboratorio trabajó en colaboración con

el Dr. Bernardo Houssay sobre la actividad de hojas de *Digitalis purpurea*.

Fecundo fue el período siguiente: además de terminarse la investigación analítica de las muestras traídas de la Cordillera (trabajo que fue publicado años más tarde por la Sociedad Científica Argentina bajo el título de "Investigaciones geoquímicas") y de realizar estudios sobre Dios vegetales, el aceite de huahuan y berberina (de las bayas del calafate patagónico) se fueron dando los últimos toques a un proyecto largamente acariciado con el Dr. Hicken para la investigación de la cordillera patagónica, sobre todo de la vasta zona que en los mapas aparece como "zona inexplorada". El proyecto era ambicioso y exigía una larga y cuidadosa preparación y, además, cuantiosos medios financieros para ser realizado.

Casi todos los domingos se hablaba sobre esos planes en el antiguo "Darwinion", ese templo científico que poseía el Dr. Hicken en las cercanías del pueblo de San Martín; allí se reunían universitarios, profesores, sacerdotes, maestros, estudiantes, etc. Ya se sabe que dicho investigador siempre fue para toda persona que tuviera verdadera y sincera vocación científica, un generoso consejero y prestaba toda la ayuda posible en forma desinteresada y a menudo anónima. Reichert era asiduo concurrente a esas reuniones y yo me encontré con él allí muchas veces. Cuando discutía con Hicken los detalles de los proyectos que pensaban llevar a cabo, se entusiasmaba y conmovía de tal manera que he visto llenarse sus ojos de lágrimas de sólo pensar en la realización de ese sueño grandioso.

En enero de 1914 se realizó la primera parte de este plan, aunque hubo que aplicar ciertas modificaciones debido a que los acuerdos que se habían celebrado con el Gobierno de Chile para penetrar por el lado chileno, fracasaron a último momento debido a un cambio político en ese país; la nueva situación obligó a modificar el itinerario y a iniciar el viaje más tarde de lo calculado, penetrando a la zona a explorar por el lado de Santa Cruz, necesiándose casi un mes para llegar desde nuestra costa atlántica hasta la región que se quería estudiar, a la par que en el camino se morían seis de los treinta caballos chúcaros que habían adquirido y que los \$ 15.000 que había concedido el Ministerio de Agricultura para esta primera etapa se iban licuando que era un gusto.

Los recuerdos de esta primera parte del proyecto fueron inolvidables para Reichert y con emoción recuerda las impresiones formidables que se grabaron en su mente ante los prodigios que allí derramó la Naturaleza a manos llenas y que hacían estallar de entusiasmo al químico-geólogo, a los dos botánicos Haumann y Hicken y al pintor Jörgessen, del Museo de La Plata, quien trasladaba al lienzo un pálido reflejo de la grandiosidad del espectáculo que diariamente se les presentaba.

Por cierto que la iniciación tardía de esta excursión y las dificultades que se presentaron en él obligó a los participantes a llegar a Buenos Aires con considerable retraso. A pesar de que telegráficamente se tuvo la precaución de avisar que no habían podido evitar la demora, ello no impidió que a su llegada a la Facultad a ambos Profesores se les diera una buena reprimenda, por separado.

Ese año 1914 era indudablemente un año predestinado. Fuera del incidente que acabo de mencionar y de otro muy lamentable entre los compañeros de tantas exploraciones Haumann y Hicken, se produjo en agosto el estallido de la primera guerra mundial y con ello también un distanciamiento definitivo entre Reichert y Haumann. Ha de costar trabajo a la generación actual darse cuenta del exacerbamiento de las pasiones en ese momento, que llevaba a dos hombres, amigos íntimos hasta la víspera, a distanciarse para siempre.

Fuera del ambiente pesado y cargado de amenazas, existía entre los profesores extranjeros de la Facultad cierta incertidumbre sobre el futuro. Es indudable que en ese sentido, la situación de Reichert era tal vez más favorable, dado que disponía de su "feudo" cordillerano y allí siempre podría encontrar una tarea que lo ocupara y a lo mejor transformar esa posesión que hasta ese instante no le había ocasionado más que gastos y dolores de cabeza, en algo realmente productivo.

Con todo, pudo realizar una exposición pública de los bosquejos y fotografías tomadas durante la expedición patagónica; no pudo esperar otra cosa en aquel momento en que no estaba la situación como para pedir dinero para nuevos viajes.

Recién un año más tarde pudo realizarse la segunda de las excursiones planeadas y en 1917 apareció su libro "Patagonia", cuya edición poco más tarde ya se había agotado. En ese mismo año se había consolidado la situación de los profesores extranjeros y sus contratos fueron en general renovados. Se inició el Decanato del Dr. Joaquín de Anchorena y se logró realizar la tan deseada ampliación del Pabellón de Química; con ello ya podía iniciarse a fondo el estudio de materias primas de origen vegetal y animal que fueran remitidas al laboratorio. Los pedidos no se hicieron esperar y las tareas se iniciaron en 1918 con las aguas de Bell-Ville, en Córdoba, que contenían hasta un miligramo y medio de arsénico por litro. Al mismo tiempo se estudió con su ayudante de entonces, el Dr. Raúl Wernicke, la manera de eliminar ese componente tan tóxico mediante algún procedimiento sencillo y de poco costo; se encontró afortunadamente que con sólo agregar un poco de sulfato ferroso a dichas aguas se conseguía disminuir la cantidad de arsénico a tal vez un milésimo de su valor inicial. Obras Sanitarias de la Nación se hizo cargo más tarde de la aplicación en gran escala de este procedimiento.

cereales, oleaginosas, tubérculos, gramíneas y caña de azúcar y sobre

En los períodos siguientes el Laboratorio realizó, conjuntamente con los Profesores Montanari, Marotta y Grünberg, amplios estudios sobre una planta sacarífera paraguaya, el caa-hee que el Ministerio de Agricultura pensaba ensayar en Misiones.

En esa época fue fundada la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos a la que Reichert estuvo vinculado desde el primer momento y entre cuyos fundadores figura.

Para no hacer demasiado extensa esta lista quiero solamente mencionar entre las investigaciones que se fueron realizando en las épocas posteriores, los análisis de muestras de cenizas volcánicas (que en un momento dado habían llegado desde la Cordillera hasta la costa atlántica) y sobre todo dos tareas de gran envergadura.

La primera de ellas se inició a raíz de un pedido del nuevo Decano, Dr. Ramón J. Cárcano, quien proyectaba la realización de un amplio e intenso estudio sobre las plantas forrajeras de la República Argentina y a tal efecto dictó una extensa resolución en cuyos considerandos hacía hincapié en el conocimiento incompleto y fragmentario que se tenía sobre las mismas, lo que indirectamente estimulaba la utilización empírica y sin orden de los forrajes. Se disponía la investigación de todas las plantas forrajeras del país, en especial de los pastos, incluyendo los respectivos estudios botánicos, químicos y zootécnicos. Se quería con ello poner a disposición de los interesados una suma de todo lo que podía referirse a cada especie y, además, en su parte de aplicación, una forma de utilizar dichos resultados con eficacia. Interventaban en especial en esta vasta tarea los Profesores Reichert, Haumann y Parodi y, para la aplicación zootécnica, el Prof. Martinoli.

Mientras se trabajaba activamente en tan auspicioso plan, se puso de manifiesto otra vez la situación siempre precaria de los profesores contratados y con tal motivo presentaron en conjunto una nota al Decano, solicitando sus buenos oficios para regularizar de una buena vez esa anomalía. El Dr. Cárcano recibió la nota con muy buena voluntad y los citó a su casa. En la espléndida mansión que poseía en la calle Talcahuano los recibió en la forma de gran señor que le era propia y en esa amenísima reunión, que se prolongó hasta las tres de la madrugada, les prometió todo su apoyo ante las autoridades universitarias, lográndose efectivamente, poco tiempo después, la anhelada confirmación, quedando designado el Dr. Reichert como Profesor Titular de Química Analítica y Química Agrícola y Director del Instituto de Investigaciones Agropecuarias, ya sin contrato y en condiciones absolutamente iguales a las de los profesores argentinos. Poco después, Reichert tomó carta de ciudadanía argentina.

El Dr. Cárcano se interesaba en forma personal y permanente por la

marcha de la investigación mencionada y encargó la confección de cuadros analíticos y gráficos en colores que permitieran, aún al más lego, establecer en cada caso la composición más conveniente del forraje a suministrar al ganado, de acuerdo con el número de calorías necesarias, etcétera. Durante ese año se llegaron a estudiar en forma exhaustiva más de setenta especies vegetales y entonces se dispuso que se publicara lo obtenido, como primera parte, lo que se hizo, editado por Jacobo Peuser bajo el título: "Las plantas forrajeras indígenas y cultivadas en la República Argentina, 1ª Contribución". La edición logró brillante acogida y no tardó en agotarse, mereciendo los más cálidos elogios.

Ese estudio continuó al año siguiente (1924) con otras 30 especies y se inició el segundo trabajo a que me he referido hace un instante, a saber, otra investigación, de vasto alcance también, sobre las maderas argentinas, el aspecto botánico y ecológico, sus propiedades mecánicas, su contenido en materias tintóreas y curtientes, sus aplicaciones a la ebanistería, etcétera. Este estudio, en cierto modo, debía ser paralelo al de las planas forrajeras.

Si recapacitamos un poco sobre lo que he estado exponiendo hasta ahora, se ve que la vida del Dr. Reichert no mostraba el menor carácter de sedentaria. Era infaltable a sus tareas diarias y nunca recuerdo, en los años que trabajé directamente junto a él (desde 1913 hasta 1918) o después, cuando nos encontrábamos casi diariamente en la Facultad, haberlo visto enfermo. En esas, sus horas de actividad oficial, era raro que se detuviera a conversar o a charlar, como tanto nos gusta a nosotros; o estaba dictando sus clases o estaba en el laboratorio haciendo sus investigaciones. Sus ex alumnos recuerdan que siempre sintieron por él un respeto extraordinario y no se le acercaban más que para tratar de temas específicos de la materia respectiva. Su seriedad y exigencia en los exámenes era proverbial, por más humana que fuera su forma de considerar la personalidad del estudiante en el momento de clasificarlo, y ni aun su castellano (que conservaba un fuerte acento germano que nunca pudo corregir) quitó jamás cierta solemnidad al examen.

Pero también recuerdan muy bien sus antiguos alumnos, que en los viajes que realizaban con él cuando estaban en 5º año y en cualquier otra ocasión en que no estuviera desempeñando su tarea "oficial", diríamos, la cordialidad y la jovialidad de Reichert eran inolvidables. Jamás mostró el menor empaque ni la intención de marcar una diferencia entre él y sus discípulos, como tampoco lo hacía con sus subordinados, por exigente que fuera para esperar que cada cual cumpliera con su tarea. Lo podrán recordar, además del que habla, el Ing. Paulsen, su compañero de tantos años; el Ing. Manfredo Reichart y muchos otros. Era muy propenso, en los momentos de expansión, a las bromas, a menudo de carácter no muy ortodoxo, pero cuando juzgaba o aun censuraba a otras personas, y eso se manifiesta también en su autobiografía, nunca

lo hacía con acritud o aun rencor, pues su natural bonhomía lo llevaba siempre a encontrar sus lados buenos, aun en aquellos que no habían sabido responder a su confianza.

Todo ello explica los contornos brillantes de su consagración como Doctor "honoris causa", título que recibió en 1928, juntamente con los profesores Van de Pas, Montanari, Cassai, Martinoli y Conti. En el discurso que con tal motivo pronunciara el decano, Ing. Marotta, se refirió éste a la actuación de Reichert en nuestro país, a sus relevantes méritos científicos y docentes, e hizo, entre otras referencias, un vívido relato de su ascensión al Tronador. Narró en detalle aquel episodio de su llegada (después de 8 horas de marcha) hasta un sitio donde un ancho surco en el glaciar se le cruzó en el camino y donde se arriesgó a dar un peligrosísimo salto que le permitió alcanzar una pequeña meseta de apenas un metro cuadrado de extensión, con una audacia y un arrojo extraordinarios. Los dos acompañantes no se decidían a imitarlo, pero al final, uno de ellos, chileno y joven, de golpe se resolvió y dijo: "yo voy a saltar; yo no abandonaré a este caballero". Así lo hizo y 15 horas después alcanzaba el lomo del Tronador.

Hasta el momento de su retiro, el laboratorio siguió trabajando intensamente; sea estudiando con el Ing. Paulsen la diferenciación de los trigos de pedigrée, o con el Dr. Sopenña sobre los principios fisiológicamente activos contenidos en la hoja del ombú, o sobre la influencia de la radiación ultravioleta sobre semillas (también con el Ing. Paulsen). Estas tareas las alternaba el Dr. Reichert con sus habituales exploraciones en el verano: las múltiples y consabidas ascensiones, a propósito de las cuales debe mencionarse que eran realizadas bajo el más riguroso control científico en lo que respecta a observaciones sobre temperatura, presión, viento, flora, topografía, etcétera, y dibujando siempre las cartas correspondientes, las que representaban un auxiliar geográfico valiosísimo para todos los que han continuado su tarea de exploración andina.

Merecen especial mención las expediciones patagónicas (ocho en total), proyectadas, como ya dije, en una forma amplia y de vasto significado, con la colaboración casi constante del Dr. Hicken, quien debido a su muerte prematura no pudo tomar parte en las últimas; su pérdida produjo a Reichert un vivísimo dolor, pues esa amistad había sido inmutable y constante desde el momento en que se conocieron.

Los resultados de estas expediciones fueron publicados con la colaboración muy valiosa de la GAEA (Sociedad Argentina de Estudios Geográficos) antes mencionada, cuya presidenta, la Sra. Elina Correa Morales, prestó siempre su más entusiasta apoyo a las mismas. También la entonces existente Sociedad Científica Alemana prestó su ayuda moral y material para estas publicaciones, sobre cuyo elevado costo sería ocioso insistir. Es digno de mencionarse que en las mismas, figura, fuera de la

parte estrictamente científica, también la impresión visual de los maravillosos paisajes captados por los artistas que acompañaron a menudo a los expedicionarios, como el citado Sr. Jörgessen y la Sra. Ilse Von Rentzell.

No puedo dejar de mencionar la actuación de Reichert como Consejero Titular de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires, y las diversas comisiones científicas, conferencias múltiples, pericias e informes en que su nombre figuró. Y como coronación de su actividad científica y universitaria, fué elegido académico de número de esta docta Academia, donde ocupó en 1933 la vacante creada por fallecimiento del Dr. Francisco P. Lavalle.

Se comprenderá, pues, la emotividad del acto con que se celebró el 16 de septiembre de 1936 el acto del retiro del Dr. Reichert de la Facultad, a la que tanta colaboración había prestado. En esa solemne ocasión hablaron el Ing. Marotta y el Ing. Paulsen, ofreciendo la demostración, y contestando el obsequiado con un sentido discurso en que expresaba su amor a esta tierra y su reconocimiento hacia todos los que directa o indirectamente habían colaborado con él o lo habían apoyado en sus actividades. Fué nombrado Profesor Honorario de la Facultad, lo que le permitió continuar su vinculación con la misma. A ello siguió un banquete en el Jockey Club.

Claro está que no por eso Reichert se dedicó al descanso. Todavía alcanzó a realizar una excursión con un grupo investigador de la Facultad, el que recorrió con un "laboratorio volante" parte de las provincias de Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. También realizó viajes a Bolivia y a otras regiones de Chile.

Ya han transcurrido largos años desde aquel día 2 de junio de 1953 en que Federico Reichert nos dejó para siempre. He tratado de ofrecer una apretada síntesis de su vida, de tan rico contenido. No ha sido "uno más" entre tantos profesionales; su vigorosa trayectoria, que es ante todo la de un hombre enamorado de la Naturaleza, fué siempre de singular limpidez. Y del relato precedente hay que deducir que en verdad merece el reconocimiento de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires y del país todo. Su labor ha sido intensa, tanto en lo que se refiere a su eficaz actuación como docente, de alto valor científico y sostenida sin desmayo y en forma ejemplar a través de tanto tiempo, como a su obra de investigador que ha enriquecido en forma importante el conocimiento de nuestro suelo y de su geología y flora. En especial debe ser destacada su extraordinaria contribución al estudio de las heladas e inhóspitas regiones de las más elevadas cumbres de nuestra Cordillera.

Además y, "last not least", merece ser recordado su verdadero y sincero cariño a esta tierra, su segunda patria, y su hombría de bien, así

como las tan simpáticas facetas de su carácter franco, abierto e imperturbablemente optimista. Tantos méritos y virtudes le hacen sin la menor duda, acreedor al profundo respeto y al agradecido homenaje de todos los argentinos.

